

Límpida diagonal de humo

La poesía solo anida en los límites del fuego, en los incendiados andurriales de la pasión enferma de luz, abrasada de tanto frío. Y no por casualidad la tipografía, desde Gutenberg a nuestros días ha sido la portadora del hollín, ese residuo de la quemazón de los hombres, esa costra de las bóvedas de los hornos humildes que se hacía tinta para fijar la palabra al papel de andrajos: el negro de humo que nos inunda y esperanza. Sí, es el negro de lo que arde angustiado sin holgura de oxígeno lo que germina la palabra. Y es ese negro la última esperanza de alcanzar la luz..., porque nacemos del estar contrario: no hay aurora que no tenga los cimientos de negrura. Yo viví esa antigua pasión de fuego y lodo hasta embarrarme el sentir, daba vida a pájaros de tierra para echarlos al fuego y que éste los tiñera las alas de colores ahumados y brillos sostenidos..., a veces, muchas veces, encarcelaba el humo y le obligaba a convivir con los sueños-cacharros..., y los “pájaros” salían de la casa del fuego todos ellos negros porque se habían bebido el alma entera de la tinta-hollín: ellos eran la “palabra” de fulgor que nace tras la no luz... Acaso sea esa pasión de fuego adormida la que me lleva a venerar más a los cacharrereros que a los tecnólogos que afinan los silicatos con glamour de chef. Ya en los albores de la historia el hombre hacía cacharros y puede, que todo cuanto el hombre hace y piensa sean solo eso, cacharros, útiles generados por el ingenio y la razón, artefactos, como le gustaba llamar a Nicanor Parra a sus poemas.

Las obras recientes de Félix Sanz Sastre son una diagonal límpida que atraviesa la poesía, el fuego y la forma sin romper los cielos. Y es diagonal porque transita cruzando los muchos caminos paralelos y manidos, tan transitados, que van de la nadería a ningún sitio. En estas obras nada hay ajeno al objeto amado, no hay vestidos de fiesta, ni collares, ni bombillas de colores, ni afectados desgarrados, ni heridas con pomada..., ni siquiera anuncian redención alguna, paraíso seguro, medicina reparadora...

Son solo cacharros amados con las huellas humanas del amor, aquí una caricia, allí un pellizco, un déjame que te toque, dos dedos resbalando por la espalda... La historia de la “cacharrería” está plagada de ejemplos tan conmovedores como sencillos, tan cargados de esa poesía que vive en los límites de lo humilde encendido: a las eras de secado vienen los pájaros y dibujan extrañas geometrías con sus patas sobre los ladrillos tiernos; también los árboles dejan huella de sus hojas, los gatos las marcas de su curiosidad y la culebra su pasar sinuoso por la frescura húmeda del barro. La caricia como herramienta de suavísimo grabado, el contacto labrando texturas. Lo transcendental anotado como si fuera la lista de la compra.

...A veces, el abrazo es más fuerte o el beso, de tan fogoso, se congela y los cuencos, que parecen hechos para recoger la lluvia y dejarla allí para siempre, se ciñen al

abrazo y toman la forma del amor que es más desordenada que los caminos del torno. Y no es deformación lo que resulta sino la huella del incendio fosilizada para dar fe de vida.

José Noriega